**Kit pastoral para la celebración de la segunda Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores**

*La atención a los abuelos y a los ancianos: poner las bases de un trabajo pastoral de largo recorrido que nos compromete durante las próximas décadas.*

(Ciudad del Vaticano 30/05/2022) El Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida ha hecho público hoy el kit pastoral con las instrucciones para la celebración de la segunda Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores en cada diócesis, parroquia y comunidad eclesial. Consiste en el mensaje que el Santo Padre publicó para la ocasión, la oración oficial y las catequesis de los miércoles del Papa sobre la ancianidad. Estos textos van acompañados de algunas sugerencias pastorales y litúrgicas.

Hoy se ha anunciado que, también este año, la Penitenciaría Apostólica ha concedido la Indulgencia Plenaria a todos los ancianos que participen en las liturgias celebradas con motivo de la Jornada, y a todos aquellos que en los días inmediatamente anteriores o posteriores a la Jornada visiten a un anciano que esté solo. La visita, de hecho, escribe el Papa Francisco en el mensaje para la Jornada, "¡es una obra de misericordia de nuestro tiempo!"

El kit, que se enviará a todas las Conferencias Episcopales en los próximos días, pretende ayudar a poner en práctica la invitación del Santo Padre a celebrar la Jornada en todas las diócesis, parroquias y comunidades eclesiales, pero también quiere ofrecer instrumentos pastorales para sentar las bases de una atención a los mayores que mire al futuro. A este respecto, el Card. Kevin Farrell, Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, subrayó que "la atención a los abuelos y a los ancianos no puede ser algo extraordinario, porque su presencia no es excepcional, sino un hecho establecido en nuestras sociedades. El Santo Padre nos invita a tomar conciencia de su relevancia en la vida de nuestros países y comunidades y a hacerlo no de forma episódica, sino estructural. Es decir, no se trata de perseguir una urgencia, sino de sentar las bases de una pastoral a largo plazo que nos compromete durante décadas".

Las catequesis y el mensaje del Santo Padre son el corazón del kit pastoral y contienen una gran cantidad de indicaciones que pueden ser utilizadas, si es necesario, adaptándolas al propio contexto. La oración oficial es un instrumento para acompañar la preparación del evento y puede ser recitada por los ancianos y por quienes vayan a visitarlos.

**Presentación del mensaje para la segunda Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores**

(Ciudad del Vaticano 10/05/2022) Hoy, 10 de mayo, se ha presentado el mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores 2022 sobre el tema **“En la vejez seguirán dando fruto” (Sal 92,15)**. El Santo Padre se dirige a su generación para recordar que los que atraviesan la vejez tienen una misión importante en la vida. Están llamados a ser “artífices de la revolución de la ternura” y a “liberar juntos al mundo de la sombra de la soledad y del demonio de la guerra”. Así, el Papa invita a redescubrir esta etapa como “el don de una larga vida”.

Esta Jornada se estableció en 2021 y se celebra cada año en toda la Iglesia en el cuarto domingo de julio, en torno a la festividad de san Joaquín y santa Ana, los “abuelos” de Jesús. Este año tendrá lugar el 24 de julio.

En su mensaje, el Papa Francisco reconoce las dificultades que supone la vejez en la vida de las personas y para la sociedad. Sin embargo, invita a las personas mayores a “seguir esperando” y señala que una larga vida es un don también para toda la sociedad: “¡Bendita la casa que cuida a un anciano! ¡Bendita la familia que honra a sus abuelos!”. Precisamente en un mundo transido por la violencia de la guerra, es necesario “un cambio profundo, una conversión, que desmilitarice los corazones, permitiendo que cada uno reconozca en el otro a un hermano”. Por este motivo, el Papa recuerda que el testimonio de los mayores es de gran importancia y les invita a “ser maestros de una forma de vivir pacífica y atenta con los más débiles”. Esta misión comienza por la propia familia pero no se acaba en ella y continúa hasta abarcar a “todos aquellos nietos atemorizados que aún no hemos conocido y que quizá huyen de la guerra o sufren por su causa” en Ucrania, Afganistán o Sudán del Sur, entre otros lugares.

El Santo Padre invita a los abuelos y a los mayores a seguir dando fruto y les propone vivir de manera particular la dimensión de la oración. Esta –señala Francisco– es “el instrumento más valioso que tenemos, y que es el más apropiado para nuestra edad”. Y es que una “invocación confiada puede hacer mucho, puede acompañar el grito de dolor del que sufre y puede contribuir a cambiar los corazones”.

El Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida indica dos modalidades para vivir la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores: celebrar en cada parroquia una misa dedicada a los ancianos e ir al encuentro de aquellos que no reciben visitas. Por otra parte, en el Mensaje, el Papa afirma que “la visita a los ancianos que están solos es una obra de misericordia de nuestro tiempo”.

Durante la conferencia de prensa, también se ha presentado el logo de la Jornada que tiene en el centro un abrazo, símbolo del encuentro y del diálogo entre generaciones (en este [link](https://youtu.be/t_aEInPQtwA) se puede ver una explicación detallada de su significado).

Además del Card. Kevin Farrell, Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, y el Dr. Vittorio Scelzo, encargado de la pastoral de los ancianos, han tomado la palabra Giancarla Panizza y Maria Francis, que han testimoniado como las ideas contenidas en el Mensaje son caminos que cada comunidad puede vivir en su realidad concreta. Giancarla Panizza es una anciana de Italia que ha colaborado con su pueblo en el norte de Italia para acoger a los refugiados de Ucrania. Desde Bangalore Maria Francis ha contado que, durante el mes de julio de 2021, promovió y organizó visitas de jóvenes a ancianos solos en muchos lugares de la India con ocasión de la primera Jornada.

Durante la presentación, también se ha anunciado que la Jornada tendrá el hashtag #AbuelosyMayores y que antes se enviarán a todas las Conferencias Episcopales una serie de indicaciones pastorales antes de finales de mayo.

El número de personas mayores de 65 años en el mundo crece a un ritmo cada vez más acelerado. En los últimos 60 años, este grupo de edad se ha multiplicado por cuatro y se prevé que siga creciendo. En 2019, 1 de cada 11 habitantes del planeta estaba en esta franja de edad pero se estima que en 30 años la proporción habrá aumentado a 1 de cada 6. Además, por primera vez en la historia, desde hace 4 años las personas mayores de 65 años superan en número a los niños menores de cinco años. El envejecimiento poblacional afecta especialmente a los países más desarrollados. Más de un 25% de las personas mayores de estas regiones viven solas.

***Mensaje del Santo Padre Francisco con ocasión de la segunda Jornada Mundial de los Abuelos   
y de los Mayores***

**24 de julio de 2022**

***"En la vejez seguirán dando fruto" (Sal 92,15)***

Querida hermana, querido hermano:

El versículo del salmo 92 «en la vejez seguirán dando frutos» (v. 15) es una buena noticia, un verdadero “evangelio”, que podemos anunciar al mundo con ocasión de la segunda Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores. Esto va a contracorriente respecto a lo que el mundo piensa de esta edad de la vida; y también con respecto a la actitud resignada de algunos de nosotros, ancianos, que siguen adelante con poca esperanza y sin aguardar ya nada del futuro.

La ancianidad a muchos les da miedo. La consideran una especie de enfermedad con la que es mejor no entrar en contacto. Los ancianos no nos conciernen —piensan— y es mejor que estén lo más lejos posible, quizá juntos entre ellos, en instalaciones donde los cuiden y que nos eviten tener que hacernos cargo de sus preocupaciones. Es la “cultura del descarte”, esa mentalidad que, mientras nos hace sentir diferentes de los más débiles y ajenos a sus fragilidades, autoriza a imaginar caminos separados entre “nosotros” y “ellos”. Pero, en realidad, una larga vida —así enseña la Escritura— es una bendición, y los ancianos no son parias de los que hay que tomar distancia, sino signos vivientes de la bondad de Dios que concede vida en abundancia. ¡Bendita la casa que cuida a un anciano! ¡Bendita la familia que honra a sus abuelos!

La ancianidad, en efecto, no es una estación fácil de comprender, tampoco para nosotros que ya la estamos viviendo. A pesar de que llega después de un largo camino, ninguno nos ha preparado para afrontarla, y casi parece que nos tomara por sorpresa. Las sociedades más desarrolladas invierten mucho en esta edad de la vida, pero no ayudan a interpretarla; ofrecen planes de asistencia, pero no proyectos de existencia. Por eso es difícil mirar al futuro y vislumbrar un horizonte hacia el cual dirigirse. Por una parte, estamos tentados de exorcizar la vejez escondiendo las arrugas y fingiendo que somos siempre jóvenes, por otra, parece que no nos quedaría más que vivir sin ilusión, resignados a no tener ya “frutos para dar”.

El final de la actividad laboral y los hijos ya autónomos hacen disminuir los motivos por los que hemos gastado muchas de nuestras energías. La consciencia de que las fuerzas declinan o la aparición de una enfermedad pueden poner en crisis nuestras certezas. El mundo —con sus tiempos acelerados, ante los cuales nos cuesta mantener el paso— parece que no nos deja alternativa y nos lleva a interiorizar la idea del descarte. Esto es lo que lleva al orante del salmo a exclamar: «No me rechaces en mi ancianidad; no me abandones cuando me falten las fuerzas» (71,9).

Pero el mismo salmo —que descubre la presencia del Señor en las diferentes estaciones de la existencia— nos invita a seguir esperando. Al llegar la vejez y las canas, Él seguirá dándonos vida y no dejará que seamos derrotados por el mal. Confiando en Él, encontraremos la fuerza para alabarlo cada vez más (cf. vv. 14-20) y descubriremos que envejecer no implica solamente el deterioro natural del cuerpo o el ineludible pasar del tiempo, sino el don de una larga vida. ¡Envejecer no es una condena, es una bendición!

Por ello, debemos vigilar sobre nosotros mismos y aprender a llevar una ancianidad activa también desde el punto de vista espiritual, cultivando nuestra vida interior por medio de la lectura asidua de la Palabra de Dios, la oración cotidiana, la práctica de los sacramentos y la participación en la liturgia. Y, junto a la relación con Dios, las relaciones con los demás, sobre todo con la familia, los hijos, los nietos, a los que podemos ofrecer nuestro afecto lleno de atenciones; pero también con las personas pobres y afligidas, a las que podemos acercarnos con la ayuda concreta y con la oración. Todo esto nos ayudará a no sentirnos meros espectadores en el teatro del mundo, a no limitarnos a “balconear”, a mirar desde la ventana. Afinando, en cambio, nuestros sentidos para reconocer la presencia del Señor, seremos como “verdes olivos en la casa de Dios” (cf. *Sal* 52,10), y podremos ser una bendición para quienes viven a nuestro lado.

La ancianidad no es un tiempo inútil en el que nos hacemos a un lado, abandonando los remos en la barca, sino que es una estación para seguir dando frutos. Hay una nueva misión que nos espera y nos invita a dirigir la mirada hacia el futuro. «La sensibilidad especial de nosotros ancianos, de la edad anciana por las atenciones, los pensamientos y los afectos que nos hacen más humanos, debería volver a ser una vocación para muchos. Y será una elección de amor de los ancianos hacia las nuevas generaciones». Es nuestro aporte a la *revolución de la ternura*, una revolución espiritual y pacífica a la que los invito a ustedes, queridos abuelos y personas mayores, a ser protagonistas.

El mundo vive un tiempo de dura prueba, marcado primero por la tempestad inesperada y furiosa de la pandemia, luego, por una guerra que afecta la paz y el desarrollo a escala mundial. No es casual que la guerra haya vuelto en Europa en el momento en que la generación que la vivió en el siglo pasado está desapareciendo. Y estas grandes crisis pueden volvernos insensibles al hecho de que hay otras “epidemias” y otras formas extendidas de violencia que amenazan a la familia humana y a nuestra casa común.

Frente a todo esto, necesitamos un cambio profundo, una conversión que desmilitarice los corazones, permitiendo que cada uno reconozca en el otro a un hermano. Y nosotros, abuelos y mayores, tenemos una gran responsabilidad: enseñar a las mujeres y a los hombres de nuestro tiempo a ver a los demás con la misma mirada comprensiva y tierna que dirigimos a nuestros nietos. Hemos afinado nuestra humanidad haciéndonos cargo de los demás, y hoy podemos ser maestros de una forma de vivir pacífica y atenta con los más débiles. Nuestra actitud tal vez pueda ser confundida con debilidad o sumisión, pero serán los mansos, no los agresivos ni los prevaricadores, los que heredarán la tierra (cf. *Mt* 5,5).

Uno de los frutos que estamos llamados a dar es el de proteger el mundo. «Todos hemos pasado por las rodillas de los abuelos, que nos han llevado en brazos»; pero hoy es el tiempo de tener sobre nuestras rodillas —con la ayuda concreta o al menos con la oración—, junto con los nuestros, a todos aquellos nietos atemorizados que aún no hemos conocido y que quizá huyen de la guerra o sufren por su causa. Llevemos en nuestro corazón —como hacía san José, padre tierno y solícito— a los pequeños de Ucrania, de Afganistán, de Sudán del Sur.

Muchos de nosotros hemos madurado una sabia y humilde conciencia, que el mundo tanto necesita. No nos salvamos solos, la felicidad es un pan que se come juntos. Testimoniémoslo a aquellos que se engañan pensando encontrar realización personal y éxito en el enfrentamiento. Todos, también los más débiles, pueden hacerlo. Incluso dejar que nos cuiden —a menudo personas que provienen de otros países— es un modo para decir que vivir juntos no sólo es posible, sino necesario.

Queridas abuelas y queridos abuelos, queridas ancianas y queridos ancianos, en este mundo nuestro estamos llamados a ser artífices de la *revolución de la ternura*. Hagámoslo, aprendiendo a utilizar cada vez más y mejor el instrumento más valioso que tenemos, y que es el más apropiado para nuestra edad: el de la oración. «Convirtámonos también nosotros un poco en poetas de la oración: cultivemos el gusto de buscar palabras nuestras, volvamos a apropiarnos de las que nos enseña la Palabra de Dios». Nuestra invocación confiada puede hacer mucho, puede acompañar el grito de dolor del que sufre y puede contribuir a cambiar los corazones. Podemos ser «el “coro” permanente de un gran santuario espiritual, donde la oración de súplica y el canto de alabanza sostienen a la comunidad que trabaja y lucha en el campo de la vida».

Es por eso que la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores es una ocasión para decir una vez más, con alegría, que la Iglesia quiere festejar con aquellos a los que el Señor —como dice la Biblia— les ha concedido “una edad avanzada”. ¡Celebrémosla juntos! Los invito a anunciar esta Jornada en sus parroquias y comunidades, a ir a visitar a los ancianos que están más solos, en sus casas o en las residencias donde viven. Tratemos que nadie viva este día en soledad. Tener alguien a quien esperar puede cambiar el sentido de los días de quien ya no aguarda nada bueno del futuro; y de un primer encuentro puede nacer una nueva amistad. La visita a los ancianos que están solos es una obra de misericordia de nuestro tiempo.

Pidamos a la Virgen, Madre de la Ternura, que nos haga a todos artífices de la *revolución de la ternura*, para liberar juntos al mundo de la sombra de la soledad y del demonio de la guerra.

Que mi Bendición, con la seguridad de mi cercanía afectuosa, llegue a todos ustedes y a sus seres queridos. Y ustedes, por favor, no se olviden de rezar por mí.

**Roma, San Juan de Letrán, 3 de mayo de 2022, fiesta de los santos apóstoles Felipe y Santiago.**